

HERALDO DE MURCIA

DIARIO DE LA NOCHE

Año I.

Oficinas: Alfaro, 6, accesorio
Talleres: Caravija, 20.

Dos ediciones diarias

Precios: (Murcia, 1 pta. al mes
(Fuera, 3 pta. al mes)

Núm. 202.

LABORATORIO BACTERIOLOGICO
DR. LEOPOLDO CÁNDIDO

Tratamiento moderno de las enfermedades crónicas y rebeldes

Consultorio Médico
Centro general de vacunaciones

Horas de curación y consulta de 9 a 11 de la mañana y de 3 a 5 de la tarde

MURALLA DEL MAR, 83

VACUNAS
De ternera contra la viruela, antirrábica y contra las enfermedades de los ganados

SUEROS
Normal, anti diftérico, anti tuberculoso, anti estreptococcico, policlente y artificial de Cheron

JUCOS ORGÁNICOS
para la aplicación del método Brown Séquard por la vía hipodérmica y por la vía gástrica

Todos estos remedios se aplican en el Consultorio y á domicilio y se expenden por cajas de seis ó más tubos ó ampollas, á los señores farmacéuticos.
Se practican análisis de líquidos orgánicos, esputos, etc.

Para informes y pedidos al **DOCTOR CÁNDIDO**
MURALLA DEL MAR, 83
CARTAGENA

MURCIA 20 NOVIEMBRE DE 1898

URGENTE LA VERDAD DE ANTONIO GARRO

Quesos de todas clases, manteca de vaca, salchichon, sobrasada.

Jamones avileses, arencones, pasas de Málaga, ciruelas pasas, dátils.

Bujalotas, higos pajareros y de Fraga, cajas de queso, crema de la crema, latas de riñones, conejos, junon, ternera y otros.

Simpatías por España

Ruben Dario, un eminente escritor americano, que ha hecho la causa de Cuba libre, ha escrito un hermoso artículo, en el que expresa sus simpatías de raza por España y su enemiga hacia los Estados Unidos.

Se titula dicho artículo «El triunfo de Calibán» y de él reproducimos los párrafos siguientes:

«No, no puedo, no quiero estar de parte de esos búfalos de dientes de plata. Son enemigos míos, son los aborrecedores de la sangre latina, son los bárbaros. Así se extremece hoy todo noble corazón, así protesta todo digno hombre que algo conserve de la leche de la loba.

Yo los he visto, á esos yanquis, en sus abrumadoras ciudades de hierro y piedra, y las horas que entre ellos he vivido las he pasado con una vaga angustia. Parecíame sentir la opresión de una montaña, sentía respirar en un país de cíclopes, comedores de carne cruda, herreros bestiales, habitadores de casas de mastodontes. Colorados, pesados, groseros, van por sus calles empujándose y rozándose animalmente, á la caza del dollard. El ideal de esos caníbales está circunscrito á la Bolsa y á la fábrica. Comen, comen, calculan, beben wiski y hacen millones. Cantan *Home, sweet home!*, y su hogar es una cuenta corriente, un *banjo*, un negro y una pipa. Enemigos de toda idealidad, son en su progreso aplopético, perpetuos espejos de aumento; pero su Emerson bien calificado está como luna de Carlyle; su Whitman,

con sus versículos á hacha, es un profeta demócrata, al uso del Tío Sam; y su Poe, su gran Poe, pobre cisne borracho de pena y alcohol, fué el mártir de su sueño en un país en donde jamás será comprendido. En cuanto á Lanier, se salva de ser un poeta para pastores protestantes y para bucaneros y cowboys, por la gota latina que brilla en su nombre.

«Tenemos—dicen—todas las cosas más grandes del mundo!» En efecto, estamos allí en el país de Dorbinac: tienen el Niágara, el puente de Brooklyn, la estatua de la libertad, los cubos de veinte pisos, el cañon de dinamita, Vanderbilt, Gould, sus diarios y sus patas. Nos miran, desde la torre de sus hombros, á los que no nos igurgitamos de bifés y no decimos *all right*, como á seres inferiores. París es el guignol de esos enormes niños salvajes.

Allá van á divertirse y á dejar los cheques, pues entre ellos, la alegría misma es dura, y la hembra, aunque bellísima, de goma elástica.

Miran al inglés—but english, you know—como el *pirouette* al caballero de distinción gentilicia.

Tienen templos para todos los dioses, y no creen en ninguno; sus grandes hombres, como no sea Edison, se llaman Lynch, Monroe, y ese Grant, cuya figura podéis confrontar en Hugo en *El año terrible*. En el arte, en la ciencia, todo lo imitan y lo contra-hacen los estupendos gorilas colorados. Mas todas las rachas de los siglos no podrán pulir la enorme bestia.

No, no puedo estar de parte de ellos, no puedo estar por el triunfo de Calibán.

«No veís cómo el inglés se regocija con el triunfo del americano, guardando en la caja del Banco de Inglaterra los antiguos rencores, el recuerdo de las bragas pasadas. No veis cómo el yanqui, demócrata y plebeyo, lanza sus tres ¡hurra! y canta el *God save the Queen*, cuando pasa cercano un barco que lleve al viento la bandera del inglés? Y piensan juntos: «El día llegará en que los Estados Unidos é Inglaterra sean dueños del mundo.»

De tal manera la raza nuestra debería unirse, como se une en alma y corazón, en instantes atribulados; somos la raza sentimental, pero hemos sido también dueños de la fuerza. El sol no nos ha abandonado y el renacimiento es propio de nuestro árbol secular.

Desde México hasta la Tierra del Fuego, hay un inmenso continente en

donde la antigua semilla se fecunda, y prepara en su savia vital la futura grandeza de nuestra raza: de Europa, del Universo, nos llega un vasto soplo cosmopolita que ayudará á vigorizar la selva propia. Más he ahí que del Norte parten tentáculos de ferrocarriles, brazos de hierro, bocas absorbentes.

Esas pobres Repúblicas de la América central ya no será con el bucanero Walker con quien tendrán que luchar, sino con los canalizadores yanquis de Nicaragua; México está ojo atento, y siente todavía el dolor de la mutilación; Colombia tiene su mismo trufado de hulla y fierro norteamericanos; Venezuela se deja fascinar por la doctrina de Monroe, y lo sucedido en la pasada emergencia con Inglaterra, sin fijarse en que, con doctrina Monroe y todo, los yanquis permitieron que los soldados de la reina Victoria ocupasen el puerto nicaraguense de Corinto; en el Perú hay manifestaciones simpáticas por el triunfo de los Estados Unidos; y el Brasil, penoso es observarlo, ha demostrado más que visible interés en juegos de daga y toma con el Uncle Sam.

Cuando lo porvenir peligroso es indicado por pensadores dirigidos, y cuando á la vista está la guía del Norte, no queda sino preparar la defensa.

Pero hay quienes me digan: «¿No ve usted que son las más fuertes? ¿No sabe usted que por la ley fatal hemos de perecer tragados ó aplastados por el coloso? ¿No reconoce usted su superioridad?». Si. ¿Cómo no voy á ver el monte que forma el lomo del mamuth? Pero ante Darwin y Spencer no voy á poner la cabeza sobre la piedra para que me aplaste el cráneo la gran bestia.

Behemat es giganteo; pero no ha de sacrificarme por mi propia voluntad bajo sus patas, y si me logra atrapar, al menos mi lengua ha de concluir de dar su maldición última, con el último aliento de mi vida. Y yo, que he sido partidario de Cuba libre, siquiera fuese por acompañar en su sueño á tanto mártir, soy amigo de España en el instante en que la miro agredida por un enemigo brutal, que lleva como enseña la violencia, la fuerza y la injusticia.

«Y usted, ¿no ha atacado siempre á España?» Jamás. España no es el fanático curial, ni el pedantón, ni el domine infeliz, desdellioso de la América que no conoce; la España que yo defiendiendo se llama hidalguía, ideal, nobleza; se llama Cervantes, Quevedo, Góngora, Gracián, Velazquez; se llama el Cid, Loyola, Isabel; se llama la hija de Roma, la hermana de Francia, la madre de América.

Miranda preferirá siempre á Ariel; Miranda es la gracia del espíritu; y todas las montañas de piedras, de hierros, de oros y de tóxicos no bastarán para que mi alma latina se prostituya á Calibán.

Ruben Dario.

WEYLER

A propósito de tan traído y llevado personaje de actualidad, dice «El Nacional» lo que sigue:

«El general Weyler es indudablemente el prestigio más sólido hoy en el Ejército. Martínez Campos es un prestigio político á que sigue un grupo de oficiales generales. Azcárraga es un prestigio burocrático. Weyler sólo es un gran prestigio militar, algo de lo que fueron un tiempo Lopez Dominguez y Cassola. Alguna vez pareció que esos prestigios le serían disputados por el general Polavieja; mas este señor se enajenó una buena parte de ellos por la lamentable historia de las recompensas en Filipinas, y está perdiendo lo poco que le quedaba por su afán de exhibirse en compañía de las famosas masas nentras, una de cuyas exigencias es algo que no conviene al decoro ni al interés del Ejército.

Sólo queda, pues, el general Weyler con las simpatías militares, especialmente con las de todos los jefes y oficiales que han peleado en la guerra de Cuba, de donde el marqués de

Tenerife regresó traído por la política peninsular, no echado por el enemigo, aunque á su beneficio se hiciera el relevo.

El general Weyler es, además, el español que ha mandado más numeroso Ejército y el que más identificado está, por tanto, con su espíritu y con sus aspiraciones. Esto y su grande amor á su profesión, su alma absoluta y exclusivamente militar, le dan una autoridad que nadie tiene para acometer la reorganización indispensable y perentoria de nuestras fuerzas de tierra.

Si teniendo en cuenta estas circunstancias solicitaran el concurso del general Weyler el Sr. Sagasta ó el señor Silvela, ¿cometerían algo incorrecto é inmoral? Nadie puede sospecharlo ni decirlo razonadamente.

Y si solicitado para esa obra en bien del Ejército y, por consiguiente de la Patria, el general Weyler; si obtuviera garantías indiscutibles de que su plan sería ejecutado y sus ideas obedidas, y además se desvanecieran por los que los han inferido los agravios que el decoro milita del general Weyler pudiera sentir, ¿debería ni podría negarse á prestar aquel concurso?

De ninguna manera. Negarse valdría tanto como declarar que se preocuparía el marqués de Tenerife más de su vanidad personal que de los intereses públicos.

Pues esto que decimos del general Weyler puede decirse de los señores duque de Tetuán, Romero Robledo y Canalejas, de todos aquellos que viven alrededor de los dos principales núcleos de las fuerzas dinásticas.

De esta suerte debe plantearse toda el mundo la cuestión al llegar la próxima crisis, teniendo en cuenta aquellos á quienes corresponda la iniciativa, que culpa de ellos será lo que en lo porvenir suceda con los factores poderosos que ahora se menosprecian ó de que sistemáticamente se prescindía.»

EL SEÑOR CANALEJAS

Acercada de la actitud del elocuente orador dice «El Imparcial» lo que sigue:

«El «Heraldo» hace constar anoche que el Sr. Canalejas «no tiene contrato de compromiso alguno directo, ni indirecto, presente ni remoto con el señor Sagasta», ni siquiera ha hablado con éste desde «el día ya no muy próximo en que intentó recabar autorización para organizar reuniones públicas en algunas capitales de provincia.»

Sabíamos nosotros que el Sr. Canalejas estaba fracasado al Sr. Sagasta y recordáramos la campaña brillantísima del «Heraldo» y las elocuentes oraciones parlamentarias del insigne tribuno en este sentido; pero en el notable discurso que pronunció en Hellín—del que publicamos extracto exactísimo—y en los rumores insistentes de los últimos días habíase encontrado base para suponer un cambio de rumbo.

No tenemos ni podemos tener en el asunto otro interés que el de la verdad, y nos es tanto más grato que conste, cuanto que nos uno al Sr. Canalejas una amistad sincera y hubiéramos deplorado que hombre de tan peregrino talento incurriese en el lamentable error de creer que el fracaso del señor Sagasta tenía remedio posible.»

TEATRO ROMEA

Inauguración de temporada

Con una concurrencia numerosa y escogida, se verificó anoche en nuestro hermoso coliseo, el «debut» de la compañía de zarzuela dirigida por el maestro Gorgé y el veterano actor jubilado Sr. Morón.

Era la obra escogida, como nuestros lectores saben «El milagro de la Virgen», una de las más brillantes partituras del eminente maestro Chapí.

Habia en el público expectación por conocer y juzgar á los artistas que componen dicha compañía.

La primera impresión favorable, la produjo la Sra. Nalvert, en la que todos vieron y admiraron desde los comienzos una actriz excelente y una artista de excepcionales condiciones, con las que suple admirablemente las deficiencias de sus facultades vocales, ya en el ocaso.

Los primeros números de música pasaron en medio del silencio del público.

El primero en romper el hielo fué el joven tenor Sr. Figuerola, que cantó con delicado gusto y afinación la romanza del primer acto, escuchando al final una salva de aplausos.

Notóse en este simpático artista, un miedo invencible, que le impidió lucir en este número toda la extensión de su voz agradable y bien timbrada.

En el segundo acto fué digno de mención el cuarteto, cantado por la Sra. Nalvert, Srta. Gorgé (C) y señores Figuerola y Ricós: la Nalvert y Figuerola sobresalieron notablemente en dicho número, al final del cual estalló un aplauso nutrido y prolongado.

En el acto tercero, dichos artistas, cantaron magistralmente el valiente dúo, uno de los números más inspirados de la partitura: el público interrumpió con estrepitosos aplausos las últimas notas, prolongándose por espacio de algunos minutos estas manifestaciones de agrado, con honores de ovación.

En resumen: el juicio del público respecto á la Sra. Nalvert y Sr. Figuerola ha sido muy favorable: la primera, como ya decimos al principio, suple con arte perfecto las deficiencias de la voz, debilitada por los muchos años de trabajo; y en cuanto al segundo, es un artista de mucho porvenir, cuya modestia contribuye á despertar las simpatías del público y que si estudia con perseverancia y los aplausos no le desvanecen, ocupará un lugar sobresaliente entre nuestros buenos artistas de zarzuela.

De los demás artistas que tomaron parte en la ejecución de «El milagro de la Virgen», solo podemos decir que no pasaron de medianos: papel hubo de los de mayor importancia de la obra, en cuya interpretación lamentó el público grandes deficiencias.

Los coros acertados y la orquesta bien.

Esta última ha sido reforzada con distinguidos profesores pertenecientes á la que dirigió el Sr. Verdú, resultando con tal refuerzo una orquesta digna de la importancia de nuestro teatro y del aplauso del público.

Este censuró muy mercedamente el aspecto del decorado de nuestro teatro municipal: telón hay como el presentado en el segundo cuadro del acto tercero, que por su repugnante suciedad es indigno del teatro de una población culta y nos avergüenza ante los forasteros que á él concurren.

Elamamos la atención de la comisión mixta de teatros y de la corporación municipal, para que procuren librar á nuestra población, del *samburto* de tan duras como mercedas críticas.

Esta noche se cantará «La Tempestad», en cuya obra hará su «debut» interpretando el papel de Angela, la tipla Srta. Gorgé (R).

Mañana noche la preciosa opereta «Campanone», cantada por la señora Nalvert y el Sr. Figuerola.

DESDE MADRID

CARTA ALCANCE

Sr. Director del HERALDO DE MURCIA.

POLITICA

Muy señor mío y amigo: El día de hoy lo ha dedicado la gente política á hacer calendarios sobre la crisis, considerada por todos como inevitable é inminente una vez firmada la paz.

La terminación de las conferencias de Parísha de señalar fatalmente el momento en que el Sr. Sagasta, cumplida ya su misión en esta tristísima etapa de su gobierno, presente á la corona la cuestión de confianza. No cabe el menor aplazamiento, el mismo

